

## FRANCIA, EN EL MEDITERRANEO

### El viaje del Presidente Daladier

**E**L viaje del señor Daladier por tierras francesas del Mediterráneo ha comenzado triunfalmente. La cordial acogida tributada por el pueblo corso al ilustre gobernante constituye un excelente auspicio. Al embarcar el señor Daladier en el "Foch" se ha extinguido detrás de él la agitación política que durante los últimos días del año había envenenado el ambiente parlamentario francés. Quienes momentos antes hostilizaban al jefe del Gobierno, han suscrito espontáneamente una tregua patriótica que otorga al presidente del partido radical-socialista la representación unánime de Francia. La ostenta el señor Daladier—por quien no ocultamos nuestras simpatías republicanas—, después de haber superado dificultades de política interior que hubieran podido hacer vacilar a gobernantes de menos temple. Al volver la vista a la costa francesa, en ruta ya hacia Córcega y Túnez, el señor Daladier ha podido sentirse satisfecho del pájaro reciente. Su tenaz labor para perfeccionar el aparato militar de Francia; el esfuerzo realizado para elevar la producción en un régimen de disciplina social y de libertades políticas—inseparables aquí y ésta—; la aprobación de un presupuesto que representa un gran paso en el camino del restablecimiento financiero del país, son los antecedentes de este nuevo servicio que el señor Daladier presta a Francia con su viaje actual. Viaje de alcance político que habrá de poner de manifiesto la fervorosa adhesión de las poblaciones francesas mediterráneas sobre las cuales ha proyectado su irrealizable ambición el fascismo italiano. La excursión del jefe del Gobierno fué decidida a raíz del estéril criterio de Montecitorio. Su anuncio sirvió de respuesta, serena y categórica, a la teatral manifestación de los coristas de Ciano. Tan certera fué la réplica que la Prensa doméstica italiana calificó de "provocación" el proyectado viaje. Nada tan injusto, sin embargo, como ese calificativo que, en realidad, sólo al fascismo italiano puede ser aplicado. Francia no necesita amenazar para hacerse temer. Le basta con ser, como es, un país fuerte ante el cual se estrellan las bravatas mussolinianas.

El Gobierno francés ha querido dejar registrada en estos momentos la temperatura patriótica de los territorios ambicionados. Córcega, isla francesa desde 1768, es en 1939 tan francesa como Marsella. Túnez, protectorado desde 1884, es en 1939 tan francesa como Argelia. Nada podrá hacer el Duce para modificar esta situación. Para Francia, además, Córcega y Túnez, son la clave de su seguridad en el Mediterráneo. En ese aspecto son también factores del problema general del cual es España en estas horas el elemento dramático. Desde Ajaccio a Bizerta, durante todo el itinerario triunfal, a través de las aclamaciones de las multitudes entusiastas, el recuerdo de la tragedia española habrá de acompañar al ilustre viajero.

Justo es que nuestra simpatía cordial le acompañe en su periplo. Si entre los periodistas franceses y extranjeros que acompañan al señor Daladier no figura ningún español; si al desembarcar en tierras tunecinas no recibe el saludo de un representante de nuestra República—el puesto consular fué suprimido, en efecto, recientemente—no crea que ello es síntoma de indiferencia. A falta de nuestra presencia física, —que sería oportuno, a nuestro juicio, restablecer en Túnez—, el señor Daladier debe saber que el afecto del pueblo republicano español le sirve de escolta invisible en este viaje histórico. La República Española se siente solidaria de los intereses franceses en el Mediterráneo. No incurriremos en pecado de soberbia si decimos que los soldados republicanos los están defendiendo estos días con su heroísmo, desde el Ebro hasta los Pirineos, contra las tropas de invasión italianas.